

Algunos cuentos
completos

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

© Domingo Villar Vázquez, 2021
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency
© De las ilustraciones del interior y cubierta,
Carlos Baonza, 2021
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2021
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18859-27-4
Depósito legal: M-21.116-2021
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Domingo Villar

ALGUNOS CUENTOS COMPLETOS



Linograbados de
Carlos Baonza

 Siruela

Índice

Eliška y la luna	15
La Maruxaina y el señor Guillet	25
El espiritista de O Grove	33
El Santo de Bella Unión	41
Felipe el Mesías	49
Mabel y el cine sonoro	59
Don Andrés el Guapo	67
Michael «Chico» Cruz	77
Los quince años de Isabel Daponte	87
El comodoro Ledesma	95

A mis hijos: Tomás, Mauro y Antón

DOMINGO VILLAR

A Julia y a Javier

CARLOS BAONZA

Siempre he escrito cuentos. Por alguna razón, no me encuentro cómodo al enfrentarme a textos demasiado extensos. Si me siento a escribir sin intuir un horizonte, temo que me abandonen las fuerzas a media travesía, como me abandonarían si me echase a nadar sin divisar la otra orilla. De hecho, no deja de sorprenderme la extensión de alguna de mis novelas, pues yo las contemplo como sucesiones de cuentos, de capítulos breves que, tal vez por degeneración, se fueron entrelazando hasta alcanzar una dimensión mayor.

Algunos de los relatos que conforman este libro fueron recogidos en el diario *La Voz de Galicia*, otros los reservaba para encuentros familiares como narraciones orales sin otra intención que celebrar la risa compartida y la amistad. Invariablemente, a los postres, tras la lectura, alguien me preguntaba por qué no publicaba aquellos cuentos y yo me escabullía con el pretexto de mantenerlos como sustancia de intimidad.

En una de esas ocasiones estaba sentado a la mesa mi amigo Carlos Baonza, un maravilloso artista natural que convive con su singular mundo interior sin un ápice de pose o presunción. De aquel encuentro surgieron algunos otros en los que, a medida que yo iba leyendo los relatos, Carlos los recreaba improvisando sus escenas con el pincel.

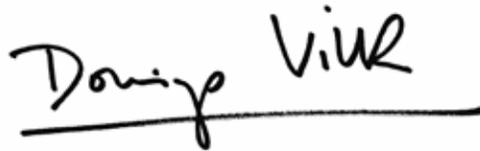
La cosa se fue sofisticando hasta encaminarse a una suerte de sesiones de cine mudo —«Variaciones sobre cuentos de Domingo», las llamábamos— en las que, siempre para un grupo de amigos y acompañados al piano por Sami Kangasharju, yo leía mis pequeñas historias mientras proyectábamos los linograbados de Carlos.

Y todo se hubiera quedado en ese territorio privado si no hubiera llegado esta realidad tan de cuento, este aislamiento forzoso que dificulta el compartir momentos felices. Sin risas ni música, era preciso evocar aquellos instantes alegres y dejar volar las historias íntimas.

Este libro de cuentos pretende celebrar la vida y la amistad en un encuentro, como en nuestras reuniones de amigos, entre mis pequeños relatos y los linograbados de Carlos Baonza.

El título responde a una ocurrencia doméstica: en sus últimos años, mi padre fue recogiendo en una carpeta muchos de los textos que había ido escribiendo a lo largo de su vida. En ella convivían romances, sonetos satíricos, nanas, canciones y cartas —conservo como un tesoro una que me escribió al nacer, en la que me cuenta su emoción

y las circunstancias de aquel mundo de principios de los setenta al que yo acababa de llegar—. Como no fue capaz de recopilar todos los escritos, decidió bautizar la carpeta como *ALGUNAS OBRAS COMPLETAS*, un título tan ingenioso y divertido como el personaje y que yo me he tomado la licencia de homenajear.



Donis VIK

ELIŠKA Y LA LUNA







Aunque Eliška Dubova no estaba invitada a la ceremonia, se acercó aquella mañana de mayo al ayuntamiento.

Escondida entre los invitados, esperó a que Andrej y Michaela se dijesen el «sí, quiero» y abandonó la sala, dejando un reguero de lágrimas, antes del beso.

En su habitación de la calle Ostrovni intentó bailar algo alegre, pero no fue capaz. Extendió un mapa de Europa sobre la cama y colocó un dedo en el punto que le pareció más lejano. Después, metió sus rotuladores con el neceser en una mochila pequeña y, sin dejar de llorar, cruzó el Moldava para coger un taxi al aeropuerto, un avión a Madrid, un tren a Santiago y un autobús a Finisterre.

Aquella primera tarde deambuló por el pueblo y llegó al faro a tiempo de ver ponerse el sol. Distinguió las luces de un barco a lo lejos, cabeceando sobre unas olas tan altas que, al romper en la costa, levantaban cortinas de espuma y tapaban el horizonte.



Se acercó al acantilado y pensó que era un lugar hermoso para morir. Se quitó el vestido, tomó aire y permaneció desnuda sobre el precipicio, con los brazos abiertos y los ojos cerrados, buscando en su pena el valor necesario para saltar.

Ya había encontrado el arrojo y se disponía a dejarse caer, cuando percibió en la oscuridad una respiración agitada. El haz de luz del faro pasó junto a ella e iluminó a una cría de cerdo que le husmeaba los zapatos.

